



LA BIOGRAFÍA
DEFINITIVA

CRISTINA FERNÁNDEZ

La verdadera historia

Laura Di Marco

Sudamericana

Meria García Ombreir

Laura Di Marco nació en Buenos Aires. Periodista y escritora, estudió sociología en la UBA. En 1991 ganó una beca de posgrado otorgada por el diario *Clarín* y la Fundación Roberto Noble, lo que marcó el inicio de su carrera profesional. Actualmente escribe en el diario *La Nación* y en *Noticias Urbanas*.

En mayo de 2009 publicó *Las jefas*, una investigación periodística sobre el liderazgo femenino, basada en doce historias de vida de ejecutivas poderosas e influyentes de la Argentina. A partir de 2011, *Las jefas* se convirtió en un programa de radio con entrevistas a mujeres destacadas en diversos ámbitos del mundo público. Escribió en numerosos diarios y revistas, como *Clarín*, *La Prensa*, *Noticias*, *Debate*, *Poder*, *Somos*, *Tres puntos* y *Luna*, entre otros. Fue redactora especializada en política en la agencia de noticias Télam, donde cubrió campañas electorales, cumbres económico-políticas en el exterior y la agenda diaria del peronismo. Trabajó en radios como Continental, América, Nacional, Palermo, y en el canal de cable PyE, entre otros.

En 2012 publicó *La Cámpora*, libro que se convirtió rápidamente en un best seller y referencia indiscutida a la hora de hablar del movimiento político de los jóvenes kirchneristas.

Es miembro del Foro de Periodismo Argentino (Fopea), una asociación que representa a periodistas profesionales de todo el país, con el fin de promover la ética y la calidad.

Prólogo

La idea de un libro sobre la historia de vida de Cristina Fernández —una biografía no autorizada, en clave político-intimista— nació una tarde de otoño, en un bar de La Plata.

Fue en 2008, mientras hacía entrevistas en la misma ciudad donde la presidenta argentina había pasado parte de su juventud. Conversaba con un abogado y dirigente kirchnerista sin cargo formal en el gobierno (a partir de 2011 sí obtuvo uno) que había sido compañero de facultad de los Kirchner cuando ambos estudiaban abogacía en la Universidad de La Plata. Mi objetivo era construir un perfil periodístico de Ofelia Cédola,¹ funcionaria K y compañera de estudios de Cristina Fernández, quien por entonces recién había asumido su primer período como presidenta. Cédola había sido su amiga desde la secundaria y en los setenta había oficiado de celestina de la pareja presidencial.

—¿Sabés cuál es el verdadero drama de Cristina? —preguntó, de repente, el hombre con quien hablaba—. Que el padre verdadero nunca la reconoció. El padre biológico no es Eduardo Fernández, el colectivo. Yo conozco a la familia del padre biológico; son de acá, de La Plata. El hombre murió hace años. Trabajaba en Rentas junto con Ofelia [Wilhelm], la madre de Cristina. Eran compañeros de trabajo y Cristina fue fruto de esa relación pasajera. Fue bastante después, con los años, que Fernández reconoció a la hija.

1. "Ofelia 'Pipa' Cédola: una celestina en el poder K", *La Nación*, 25 de mayo de 2008.

El hombre calló de golpe, como si en aquel instante hubiera registrado la importancia de lo que estaba diciendo.

Recuerdo haber pensando que la herida de origen de Evita era la misma: que el padre biológico tampoco la había reconocido, tal como reconstruye la historiadora española Marysa Navarro, una de sus más importantes biógrafas. Incluso, mientras lo escuchaba, llegué a pensar en esa tendencia que tiene la historia a repetirse.

Pese a todos aquellos pensamientos encadenados, en aquel momento decidí que no tomaría en cuenta lo que aquel hombre me estaba diciendo. Y no porque desconfiara de él, al contrario.

Ocurre que en el periodismo político abundan los momentos así: de pronto, una fuente en la que confiamos se hace eco de una historia extraordinaria, cuando no de una operación de prensa lisa y llana, que persigue fines políticos antes que informativos. Por esta razón, para quienes llevamos años en este oficio el primer reflejo siempre es descreer.

Claro que algunas veces lo que parece inverosímil termina resultando real, como cuando los santacruceños contaban que en la casa de los Kirchner había bóvedas con dinero negro derivado del cruce ilegal entre política y negocios. Pero, en todo caso, éstas son las excepciones a una regla probada: el imperio de los rumores sin confirmación.

Además, en este caso en particular tenía una segunda razón para desechar aquella pista: no era la primera vez que me topaba con esa hipótesis, y lo que había leído al respecto me parecía francamente descabellado. Circulaba por internet una historia sobre la falsa paternidad de Eduardo Fernández que era tan malintencionada que no merecía ser explorada.

Pero el tiempo pasó —transcurrieron años— y una sucesión encadenada de hechos hizo que el tema volviera a mí y que, esta vez, cobrara fuerza. Indagué entonces en las biografías autorizadas y allí surgían con claridad baches, incongruencias y fechas que no encajaban. Omisiones. Mentiras.

Definitivamente, la infancia de Cristina estaba plagada de misterios. Misterios e interrogantes abiertos que, como si fueran una marca de origen, se replicaban a lo largo de su vida personal y política.

Tal vez consciente de ello, y ante la necesidad de aportar alguna información a la confusión de sus primeros años, Cristina admitió ante su biógrafa favorita, Sandra Russo, un suceso revelador: “Yo fui hija de madre soltera —confirmó en *La Presidenta*—. Me enteré después, con el tiempo, viendo mi partida de nacimiento y comparando fechas. Mis padres se casaron después, poco antes de que mi hermana naciera”.

La médica Gisele Fernández, su hermana menor, nació seis años después que la presidenta.

Pero, ¿de qué servía saber si Fernández era o no el verdadero padre o si su padre biológico no la reconoció al nacer?

¿Cuál es el aporte histórico o periodístico, en el caso de que, efectivamente, Cristina fuera fruto de una relación pasajera y no del matrimonio Wilhelm-Fernández? ¿Es ético que el periodismo investigue sobre la vida personal de un presidente?

Más allá del debate que pueda surgir en torno a este tema —que se abre y continúa en el primer capítulo (ver capítulo “Hija natural”)—, el punto que hay que dilucidar es si aquello de la vida personal que se va a relatar tiene traducción política. Es decir, si las cuestiones de la vida privada tienen o tuvieron consecuencias políticas. Y en el caso de Cristina Fernández, la respuesta es sí.

Las páginas que siguen no sólo muestran que existen claves de su personalidad política que fueron alumbradas por acontecimientos de su vida personal sino, también, cómo y de qué manera, cuándo la presidenta habla, en muchas ocasiones lo hace desde Tolosa, el suburbio obrero donde nació y se crió.

Más aún, parada una tarde sobre la esquina de las calles 4 y 32, a metros de la casa de inquilinato en la que la presidenta llegó a este mundo, tuve la exacta sensación de que es imposible descifrar a Cristina Fernández sin conocer su infancia. Y sin conocer Tolosa.

Paralelamente, si tomamos como cierta la hipótesis de que la historia tiende a la repetición, sus secretos de origen la pondrían en línea con Eva Perón y la pareja mítica del peronismo clásico.

Dicho sea de paso, la infancia de Evita también está plagada de ocultamientos y reescrituras para tapar la historia real. Tal como revela Navarro, cuando Evita se casó con Perón se fraguó su acta de nacimiento para evitar que saliera a la luz su condición de hija natural.

La decisión de emprender esta línea de investigación entrañaba sus riesgos y una enorme apuesta. Sin embargo, el éxito editorial de *La Cámpora*, que en 2011 se convirtió en un best-seller político, generó las condiciones para que Penguin Random House apoyara este nuevo proyecto editorial, junto con todos sus desafíos.

Sucede que la investigación periodística, si se la encara con seriedad, es cara y costosa. Y no sólo se trata de dinero sino también de la inversión de tiempo. Requiere, además, un compromiso de largo aliento que involucra a muchas personas trabajando juntas. Todo ese combo, complejo de lograr, hace que hoy en la Argentina prácticamente no existan libros que sean fruto de un trabajo de investigación de casi dos años.

Para llevar adelante una investigación de esta envergadura contamos con el aporte de un equipo periodístico especializado, viajes a los lugares donde vivió la presidenta durante sus distintas etapas y la realización de más de sesenta entrevistas con personas que la trataron y conocieron en diversos momentos de su vida.

Por mencionar sólo un ejemplo: el blindaje informativo que el gobierno instrumentó en torno a la intimidación presidencial hizo que ni el nombre de su humilde escuela primaria —un colegio en el suburbio del suburbio— trascendiera a los medios. Hasta ahora, no había ningún dato sobre su infancia que no proviniera de ella misma.

Las páginas que siguen incluyen, por primera vez, entrevistas con sus compañeros de la escuela primaria y otros testigos directos de una etapa en la vida de Cristina que, por alguna razón, ha querido guardar bajo siete llaves, y cuya realidad dista bastante de los recuerdos edulcorados que evocó en sus biografías oficiales.

Si bien el trabajo periodístico empezó varios meses antes, la investigación propiamente dicha arrancó en febrero de 2013 y terminó en mayo de 2014.

Personalmente, había un par de preguntas que me intrigaban: ¿cómo fue que aquella joven, que en los setenta había tenido ideales, terminó aceptando una construcción de poder atravesada por la corrupción? ¿Y cómo enfrentó, al enviudar, todo el trabajo sucio que requiere el mantenimiento de ese armado —el llamado “poder K”— al que Kirchner siempre se había dedicado dentro del matrimonio?

En *Blue Jasmine*, Woody Allen narra la historia de una mujer, casada con un millonario estafador, que decide mirar para el costado, mientras ambos ascienden social y económicamente. Jasmine disfruta de su nivel de vida haciendo “como que” no se da cuenta de lo que está sucediendo, a la vez que va elevando el umbral de tolerancia con respecto a las actividades de su acaudalado esposo. Pero el cuento de hadas se rompe cuando sorpresivamente él decide dejarla por otra mujer. En ese momento ella decide denunciarlo al FBI, con un llamado en el que describe con lujo de detalles los delitos de su cónyuge que hasta ese momento había protegido.

Entonces, ¿Cristina sostuvo una red de corrupción o, como la protagonista de *Blue Jasmine*, fue la mujer adicta a un jefe político al que le toleró todo, incluso el robo para la Corona K?

O, dicho de otro modo, ¿fue la socia de un hombre poderoso o Kirchner la rescató de la orfandad familiar, dándole poder e identidad y transformándose así en una suerte de padre sustituto?

El segundo riesgo que afrontaba esta biografía, en el marco del ac-

tual escenario polarizado, era, paradójicamente, acercarse a la verdad. Esbozar una biografía crítica, pero no destructiva. Y poder exponer a Cristina Kirchner en sus claroscuros, alejada de los falsos extremos —bruja corrupta o santa Cristina— fogueados por la urgencia de la guerra mediática.

Las páginas de este libro revelan a una presidenta muy distinta —y hasta opuesta— a lo que muestra su personaje público. Exhiben cómo, detrás de su seguridad avasallante, se esconde una mujer con un costado dependiente, influenciable e inseguro.

El influjo que ejerció el periodista Horacio Verbitsky sobre su gobierno, después de la muerte de Kirchner, es una prueba de esa vulnerabilidad, igual que el lazo de dependencia emocional que, durante el último año, generó con el papa Francisco y que va más allá de la especulación política.

También muestra, con lujo de detalles, a través del testimonio directo de sus protagonistas, el día que, sometida a los caprichos de Kirchner, quiso renunciar a la presidencia después del voto no positivo de Julio Cobos en medio de la puja con el campo.

Pero a la vez expone su coraje cuando tuvo que aprender a lidiar, una vez viuda, con los varones del poder: Los Gordos de la CGT, los empresarios, los peronistas y hasta los servicios de inteligencia, que le ocultaron información clave sobre la presentación de Sergio Massa en las primarias de 2013.

Al revés de lo que suele afirmarse, este texto documenta cómo Cristina Kirchner es mucho más peronista de lo que asume y de lo que los propios peronistas admiten.

Una peronista que, fiel a la cultura de su movimiento, se ha ido fusionando, a lo largo del tiempo, con el clima de la época. Incluso tuvo un período de apoyo a Isabel Perón, entre 1982 y 1983, como puede chequearse en los archivos de Santa Cruz. El último congreso del PJ de Parque Norte, en mayo de 2014, en el que logró integrar a sus hijos políticos —La Càmpora— a la conducción partidaria, muestra hasta qué punto esto es así.

Para abordar una investigación con este nivel de apuesta armamos un equipo de periodistas investigadores, con expertisse en cada una de las áreas sobre las que produjeron sus respectivos informes. Por ejemplo, Emilia Delfino, autora de una biografía sobre Hugo Moyano (*El hombre del camión*), investigó para este libro la trama oculta —y hasta ahora nunca revelada— del divorcio entre la presidenta y el jefe sindical, que había sido socio estratégico del santacruceño hasta la noche anterior a su muerte.

El equipo se completó con Mariano Confalonieri, Luis Gasulla, Mauricio Caminos, Santiago Pérez (abogado exclusivamente a determinar si es o no abogada) y la periodista santacruceña Mirtha Espina, quien conoce como pocas a Cristina Fernández porque, desde fines de la década de los ochenta, cubrió toda su carrera política en Río Gallegos a partir de que fue elegida legisladora por primera vez.

La exploración también aborda los pormenores de su salud física y emocional; los detalles que nunca se revelaron sobre su operación en el cráneo (también rodeada de misterios y desinformación), los diversos diagnósticos en danza, sus estados anímicos y la intimidad de la terapia cognitiva que le recetó su médico, el neurólogo Facundo Manes, luego de la intervención. Terapia a la que también debieron asistir miembros de su entorno y de su familia (ver capítulo “En terapia”).

Destapa la interna médica desatada en la fundación creada por René Favalaro a partir de la internación de su ilustre paciente, cuyo resultado fue que la intervención de la presidenta terminara en manos de un joven neurocirujano poco experimentado, Cristian Fuster, quien había egresado de una pasantía en el centro neurológico Fleni hacía apenas tres años.

En noviembre de 2013 viajé a Santa Cruz, donde entrevisté a fuentes clave de su vida en el Sur. En El Calafate conocí a figuras de su entorno y me alojé al lado de su casa, en su hotel boutique Los Sauces, apenas separado de su chalet —el mismo en el que murió Kirchner— por un arroyo.

En Río Gallegos me dediqué a reconstruir su vida desde el momento en que llegó con Kirchner desde La Plata. En aquella ciudad en la que se radicó a partir de 1976 llegué a hablar, incluso, con quien fue su depiladora personal durante una década, María Inés López.

La obsesión enfermiza de Cristina por la seguridad del cuerpo de Kirchner, pocas horas después de su muerte —una historia ocurrida en el cementerio de Río Gallegos en torno al cajón del ex presidente que es relatada aquí, por primera vez, a través de testigos directos y fuentes con nombre y apellido—, muestra hasta qué grado llegaba la fusión entre ambos.

Hice muchos viajes a La Plata, donde hablé con decenas de personas que la conocieron y compartieron con ella durante su infancia, adolescencia y juventud, cuando aún no se había cruzado con el ex presidente. Es decir, el período más inexplorado y secreto de su vida.

El fin del poder y las posibilidades a futuro del kirchnerismo-cristinismo abren otros interrogantes, a los que también responde esta investigación: ¿tejió Cristina un pacto político con Daniel Scioli para

tramitar la sucesión dentro del peronismo o, como hizo Carlos Menem con Fernando de la Rúa, decidió apostar por Mauricio Macri aun en contra de su propio partido, para preservar el cristinismo para el próximo turno? ¿O se jugará por un candidato propio, como el irreverente Florencio Randazzo, el entrerriano Sergio Urribarri, el devoto Julián Domínguez o el disciplinado Agustín Rossi? Y ese eventual pacto sucesorio, ¿incluye también la impunidad de las causas que se tramitan contra empresarios y funcionarios kirchneristas? ¿Por qué protege a Amado Boudou acorralado por la Justicia? ¿Quiere volver al poder? ¿Qué está pensando para el futuro? ¿Tiene una nueva pareja?

Un párrafo aparte merece el tratamiento de las fuentes y los entrevistados que participaron.

Es preciso dejar asentado que existió un esfuerzo deliberado en identificar a las fuentes con nombre y apellido, en lugar de apelar al más fácil, aunque bastante menos serio, “según dijo un ministro...”. De manera que a lo largo de estas páginas hablan personas de carne y hueso, como aconsejan los estándares del periodismo profesional, y sólo cuando eso no fue posible —porque la fuente tiene un cargo público en el gobierno kirchnerista, sigue frecuentando a la presidenta o aparece informando sobre un tema delicado— se apeló al *off the record*. Pero el punto importante a destacar es que la reserva de identidad siempre se utilizó como último recurso.

Cristina Fernández también tiene un objetivo preacordado: la historia que sigue incluye más hechos que interpretaciones.

¿Por qué? Porque los hechos son soberanos —es decir, lo que sucedió es verdad—, mientras que las interpretaciones sobre lo sucedido siempre son subjetivas y, por lo tanto, parciales.

Dejamos al lector la libertad de hacer sus propias interpretaciones sobre la figura política más controvertida, atractiva y polémica que surgió en la Argentina en los últimos cincuenta años, después de Eva Perón.

Laura Di Marco
29 de mayo de 2014



Uno de sus secretos mejor guardados: los años de la primaria en la Escuela N° 102 de Tolosa

La idea de contar la verdadera historia, política y personal, de Cristina Fernández surgió en 2008, a partir del testimonio de un dirigente peronista, que en los setenta había estudiado junto a Néstor Kirchner.

“¿Sabés cuál es el drama de Cristina? —preguntó el dirigente K—. Que el padre verdadero nunca la reconoció. El padre biológico no es Eduardo Fernández, el colectivo. Yo conozco a la familia del padre biológico; son de acá, de La Plata.”

Esta revelación la emparentaba inesperadamente con la herida personal de Eva Perón, que también había sido hija de madre soltera. Iluminar sus secretos de origen fue revelando muchos otros. ¿Cómo fue que una chica de Tolosa, con altos ideales, terminó liderando una fuerza política atravesada por la corrupción? ¿Y cómo enfrentó, al enviudar, todo el trabajo sucio que requirió el mantenimiento de ese poder?

Las páginas que siguen presentan a la verdadera Cristina: a la que se dejó influir por Verbitsky, la que luego construyó un fuerte lazo de dependencia emocional con el Papa Francisco y la que vive obsesionada por la posibilidad de que roben el cuerpo de Kirchner del cementerio de Río Gallegos. Y a la vez expone cómo, una vez sola, lidió con los testaferros del marido, la CGT, los empresarios, los peronistas y hasta los servicios de inteligencia, que le ocultaron información clave.

Cristina Fernández. La verdadera historia destapa los pormenores de su salud física y emocional, pero también va hacia el pasado, revelando detalles desconocidos de su vida durante la dictadura y su breve período “isabelista”. Y hacia el futuro: ¿cuáles son sus planes para cuando deje el poder? ¿Tejió un pacto de inmunidad?

Una charla a fondo con quien fue su depiladora en Río Gallegos completa el retrato de una presidenta que, por momentos, es la contracara de su personaje público. Una biografía crítica, pero no destructiva. Una investigación imprescindible, que ofrece pistas para comprender realmente a Cristina y su vínculo con una sociedad que la eligió dos veces.